

aparecerán, y en la indulgencia con que vuestra compañera soportará vuestros defectos, hallaréis cada día, á cada hora, una prueba de aquel amor que no acabará más que con vuestro último suspiro.



## CAPÍTULO SEXTO

### Las armonías del pensamiento.

**D**EBEMOS casarnos con una mujer tonta, con una mujer inteligente ó con una literata?

Si á esta pregunta se contestara por plebiscito, de cien respuestas tendríamos probablemente el siguiente veredicto:

En favor de la mujer tonta: *10 votos.*

En favor de la mujer literata: *0 votos.*

En favor de la mujer inteligente, esto es, de inteligencia normal: *90 votos*.

En estos tiempos, en que el derecho y la razón residen en la mayoría, el problema quedaría, pues, resuelto por dicho plebiscito, cuyo éxito garantizo.

Sin embargo, de todos modos este veredicto debería ir precedido de muchos y diversos comentarios, si habían de traducirse en consejos prácticos para quien se case.

Los diez que votan por la mujer tonta, querrían añadir que no la deseaban idiota, sino de inteligencia limitada, un poco torpe, pero no demasiado; en cambio y como compensación á este defecto, exigirían mucha belleza, mucha juventud, muy buen humor y además mucho dinero. Desean sobre todo una compañera que les ayude á criar buena sangre, y que les tenga en perpetuo estado de alegría. No hay nada más grato, más simpático y más irresistible, que una tontería dicha por una hermosa boca. Nos hace reír, nuestra risa provoca la de la persona que dijo la tontería, y cuando ella nos enseña dos apretadas filas de menudos dientes, blancos como perlas; ¡oh, bendita sea la tontería y quien la ha pronunciado!

Los noventa restantes que no dan el voto

á la mujer literata, quieren que se sepa que les gusta la cultura hasta en la mujer, pero que detestan la pedantería y por nada del mundo querrían por mujer un *bas-bleu*, y mucho menos una *chaussette bleu*, variedad de la primera, bautizada por Balzac.

Oídos estos comentarios, concretémoslos también nosotros. En la sociedad italiana, por regla común, la cultura general está muy por debajo de la que hay en Inglaterra, en los Estados Unidos, en Francia y en Alemania. Es preciso, por lo menos en nuestra casa, tener el valor de decirlo, nada más que con la esperanza de que la vergüenza nos salga al rostro y curemos á nuestros hijos de esta plaga nacional.

Los hombres de poca cultura son los que aún desean menos este dón en la mujer, con el objeto de ser tenidos en algo en el círculo de la propia familia. De aquí una antipatía hacia las escuelas superiores femeninas y hacia todo lo que tiende á elevar el nivel intelectual de nuestra compañera. Hasta ahora las tentativas apresuradas y mal digeridas, no han ayudado á modificar en mejor sentido la opinión pública y vemos que por regla general se dedican al estudio únicamente las muchachas muy feas,

muy histéricas ó muy pobres; en suma, mujeres de algún modo anómalas.

Todos nosotros abrimos los ojos ante una doctora ó una literata, como ante un fenómeno que nos sorprende, que puede hacer cambiar nuestro primer ¡ah! de estupor por un ¡oh! de admiración; pero aquella mujer es siempre para nosotros un *fenómeno*.

Y verdaderamente es un fenómeno, ídolo que debe ser colocado sobre un altar entre el humo del incienso de vuestra adoración, una mujer que piensa como un hombre, que posee tanta ciencia como un profesor, que escribe libros que se leen, ó pinta cuadros ó hace estatuas que se premian. Ídolo admirable si á esta virtud se une la belleza y la acompaña la gracia; una semidiosa ó una diosa, si el ingenio no va unido al orgullo, si el genio está rodeado de una feminidad delicada y fragante.

¿Pero quién halla estos fenómenos, y quién una vez hallados se casa con ellos?

Si por otra parte la mujer literata es fea y desgarbada, si en su cuerpo ó en su voz grita ó aulla la fe de bautismo que la hace más macho que hembra, entonces todos estamos de acuerdo en no quererla por mujer propia. Es una especie nueva, es un hermafrodita

psicofísico, del que admiraremos los libros, los cuadros, las sinfonías, las estatuas, pero que no queremos ver en nuestra alcoba.

\*  
\* \* \*

La unión sexual de las armonías complementarias deben realizarse hasta en el pensamiento, si ha de haber felicidad; y así como el hombre fué hecho por la naturaleza más inteligente que la mujer, no existe armonía perfecta más que con un hombre que piensa con vigor, que obra con energía, que domina á la mujer y la guía en los senderos de la vida y en las glorias conquistadas.

La inversión de esta relación es un trastorno y un desacuerdo; es humillación por parte del hombre y ¿por qué no decirlo? también lo es por parte de la mujer, la cual, de cien veces noventa quiere ser amada, acariciada, adorada, pero quiere sentirse dominada.

¡Ay de la mujer superior en inteligencia al marido á quien debe compadecer, corregir en sus desaciertos y perdonarle frecuentemente muchos despropósitos y muchas tonterías!

El amor es una afinidad química; sus compuestos son tanto más estables cuanto más diversos son los elementos combinados. El ideal

del matrimonio perfecto es la combinación de un hombre que sea muy hombre, *hombrosísimo*, y de una mujer muy mujer, *mujerísima*. Siempre que el hombre adquiere un carácter femenino y la mujer un carácter viril, la afinidad química disminuye en intensidad y la combinación se altera y se deshace al menor choque ó al primer contacto de un cuerpo extraño que intervenga y tenga mayor afinidad con uno ú otro de los dos elementos.

Una mujer muy inteligente y un hombre de inteligencia menos que mediana, son combinaciones de cuerpos que no pueden tener entre sí más que una afinidad muy débil, porque la primera tiene un carácter de pensamiento que es viril y el segundo tiene otro carácter que es femenino. Y el tercer elemento viene harto frecuentemente á corregir la afinidad electiva, y la literata toma por amante á un hombre de genio que la domine ó á un varón robusto que la calme; mientras que el marido se consuela haciendo el amor á una aldeana ignorante ó á una criada sin instrucción, con las cuales puede vengarse de la superioridad de su mujer y mostrar cierta supremacía intelectual.



... mientras que el marido se consuela haciendo el amor á una aldeana ignorante...

Pido perdón (de rodillas si es preciso, porque sé que mi pecado no es venial) por tratar de un más y un menos en la medida del pensamiento. Ciertamente que es esta una psicología austriana ó infantil, pero el *mucho* y el *poco* son casi siempre las primeras aproximaciones para resolver todo problema, y el *cuánto* va siempre unido al *cuándo* y al *cómo*.

Admito, pues, que en las armonías del pensamiento entre hombre y mujer, la cantidad debe tener siempre mayoría en el primero. La cultura del hombre irá creciendo con el tiempo y con ella inevitablemente crecerá también la de la mujer, pero esta última debe quedar siempre un grado más abajo de la nuestra, no ya porque no queramos perder la supremacía en este orden de cosas, sino porque la labor del cerebro es más difícil y peligrosa á la mujer, y su energía es naturalmente menor.

Mirad á vuestro alrededor sin salir de Italia, y decidme cuantas son las mujeres *normales*, las mujeres sabias y perfectas entre nuestras literatas. Y no insisto en este punto, para no atraerme una nube de flechas envenenadas. Muchas son amigas, por mí veneradas y admiradas, y no quiero perder su amistad mientras viva. Pero si os dijese que muchas son estériles

y neurósicas ¿se incomodarían por ello? ¡Las estimo demasiado para creerlo!

El hombre se halla tan avezado á considerarse superior á la mujer en la esfera del pensamiento, que cuando encuentra una falta de ortografía en la carta de una mujer, es feliz, como si hubiese hallado un diamante en las arenas de un río. Aquel error, quizás escapado en la furia histérica de una expansión amorosa, es verdaderamente un diamante, porque nos confirma y nos asegura en nuestra superioridad intelectual, mostrándonos de repente la feminidad graciosa y seductora de la criatura amada. Una falta de ortografía, como cualquier otro error gramatical en un escrito femenino, es un piececillo protervo que asoma por debajo del vestido y nos canta las glorias del sexo, las inexhaustas delicias de la voluptuosidad; es una curva coquetuela, que á despecho de las densas vestiduras, nos dice al oído palpitante de deseos: «Aquí bajo hay una Eva; Eva que espera á Adán... y lo desea.»

\*  
\* \*

Las armonías del pensamiento entre los dos sexos deben nacer del acorde de lo diverso, de

modo que ningún amor propio se halle ofendido, y cada uno se considere contento y feliz de hacer una suma y una sustracción.

Un hombre de ciencia y una mujer artista pueden formar una deliciosa armonía de dos notas; como pueden también formarla un naturalista con una mujer que adore la música; un psicólogo analítico inexorable y una mujer que descubre en seguida el lado cómico de las cosas, y otras cien y cien combinaciones de tesoros intelectuales diversos, que se suman dejando satisfecho á cada uno de sus propias cualidades.

Fuera de las aptitudes especiales hay un carácter sexual que marca un sello distintivo en el pensamiento del hombre y de la mujer.

El hombre halla, descubre, crea; la mujer adivina, distingue, analiza.

El hombre recoge la mies; la mujer espiga.

El hombre, por demasiada ansia, con frecuencia por demasiado orgullo, coge sobrada mies y deja caer gran parte de ella de las manos. La mujer está detrás y recoge lo que el primero ha dejado caer.

El hombre tiene menos tacto para juzgar el ambiente que le rodea y con frecuencia da un bofetón creyendo hacer una caricia. Por el

contrario, la mujer siente como un delicado galvanómetro hasta las más pequeñas oscila-



ciones eléctricas y magnéticas del aire que respiramos, y en este sentido, es preciosísimo instrumento para el hombre político, para el

escritor, para el artista que busca nuevos derroteros para hallar lo bello y vencer la resistencia de los más.

¡Pobre de aquel que antes de dar á luz un libro, de exponer un cuadro, ó de pronunciar un discurso en la Cámara, no tiene una mujer amada de donde extraer calor y luz! Si el marinero no sale del puerto sin consultar el barómetro, el hombre no puede ni debe nunca acometer empresa alguna sin consultar aquel barómetro de los barómetros, que es la mujer amada. ¡Cuántas naves naufragan por no haber tomado esta precaución, ya fuese por orgullo, ya por imprevisión!

Aunque seáis el hombre de más genio de este mundo, aunque vuestra obra sea el fruto de largas y profundas meditaciones, estad seguros de que en el gran poliedro de la verdad, alguna faceta ha escapado á vuestra perspicacia, y aquélla será vista por la mujer que os ama. Por ser mujer ve tantas cosas pequeñas que el hombre no ve, y porque amándoos, tiene ante los ojos del corazón un cristal de aumento que la hace ver agrandado lo que puede perjudicaros ó lo que puede favoreceros.

Es muy raro que cuando una mujer ha conquistado nuestras simpatías físicas y morales, dejemos de quererla por alguna desarmonía del pensamiento, pero si queremos la perfección ideal, debemos casar los cuerpos, los corazones y hasta las inteligencias.

Por eso debemos buscar en nuestra compañera:

Una discreta cultura.

Un gusto exquisito de lo bello.

Un fino espíritu de observación.

Una adivinación de los caracteres humanos.

Si halláis todo esto en una sola mujer, y si además es hermosa y buena, decid que sois el hombre más afortunado de la tierra y proclamad ante el mundo entero que tenéis, no una sino tres mujeres, pues que os habéis casado con los sentidos, con el corazón y con el pensamiento.